

FRANCISCO BRINES, *Jardín nublado. Antología poética*, Edición, introducción y selección de Juan Carlos Abril, Valencia, Pre-Textos, Colección La Cruz del Sur Antologías, 2016, 218 págs.

La obra de Francisco Brines (Oliva, Valencia, 1932) se ha venido consolidando a lo largo de los versos y los años a partir de su propia experiencia sensible y desde su vivo afán de conocimiento, como una reflexión calma e intimista en torno a la condición temporal del individuo y su lugar en el hechizo del mundo. Es desde esta íntima reflexión desde donde, con sencillez formal y tonal, sin aventuras excéntricas, y con fidelidad a unos espacios y a unos motivos recurrentes, a lo largo de seis décadas nos ha ido entregando, poemario a poemario, su personal testimonio vital y literario. Ha sido así como —inútil resulta volver a decirlo a estas alturas— su obra, meditativa y sensorial a un tiempo, nacida de una necesidad expresiva que lo ha venido obligando a iluminar lo oscuro y a hablar(nos) de la íntima alianza de luces y sombras de la vida, lo ha fijado entre los grandes de la poesía hispana. Esos poetas que no son, quizá, sino un instrumento y una justificación que la poesía encuentra para, tomando forma, densidad y peso en estos personales mundos propios, recordarnos a los demás mortales los motivos últimos y verdaderos que vertebran cualquier vida.

Con el título de *Jardín nublado. Antología poética*, sintagma en el que confluyen el eje espacial y el temporal, la editorial Pre-Textos acaba de publicar, con cuidado prólogo y edición del crítico y poeta Juan Carlos Abril, una nueva antología de su obra en la que, a un corpus nutrido de poemas que da selecta cuenta de una obra que arrancó con la publicación de *Las brasas* (1960) y tiene en *La última costa* (1995) su último libro de poemas publicado, se añaden diez inéditos del que ha de ser su nuevo y, parece probable, postrero poemario.

Con estructura circular, nos atrevemos a decir que su obra arranca y viene a finalizar en un mismo espacio y en un mismo acto de regresar y que, sin embargo, es distinta la actitud que adopta la voz. Más sencilla, natural y llana la que da vida a los poemas finales, que no la voz de quien fuera un Brines de veintiocho años —dicción clásica, endecasílabos blancos—, que se nos presenta circunscrita al ámbito doméstico de la casa sola, el jardín y una naturaleza de naranjos, azahares y pinos, colindante con un mar que mira al cielo de

los astros. El hombre que vive en estos poemas, de regreso del mundo hacia las sombras de su acabamiento, medita, en la soledad de su vieja casa, la cercanía de la muerte, al tiempo que recuerda la necesidad que tuvo de conquistar su propia vida verdadera, y la herida que esto le supuso, y el fervor que tuvo y ya no.

En sus nuevos poemas, coincidentes, ahora sí, voz y edad, Francisco Brines ahonda en su estoica meditación sobre la despedida del mundo y el advenimiento cierto de la muerte: *Donde muere la muerte* (título del que será su último y con casi toda seguridad póstumo poemario) donde una vida que ha gozado de la fortuna de haber experimentado la felicidad y el amor, se despide en calma, pero sin renunciar a la sensualidad del mundo (“No he renunciado al mundo”, p. 208), sabiendo que, al decirle adiós a la vida, está diciéndole también, paradójicamente, “porque en la vida tiene tan solo su existencia” (p. 210), adiós a la muerte. Un adiós en plenitud de vida; un yo que se emociona (“Trastorno en la mañana”) cuando, al leer en voz alta el poema de un amigo, constata que, con la poesía, gracias a la palabra, capaz de abolir los tapias del tiempo, el mundo se torna un lugar pleno y más hermoso: “y se han puesto a cantar todos los pájaros. / Lo leía en voz alta / y ellos sonaban con cantos de otros siglos [...] suena como un pájaro / y es también flor”; invitándonos a que, aunque “Hay veces en que el alma / se quiebra como un vaso” (“Vaso quebrado”, p. 211), bebamos del canto del vaso, del canto, del poema. Un yo que se reafirma en el aire libre, bajo la luz, regresando a su lugar en el mundo: al umbilical paisaje mediterráneo del mar azul, el olor a azahar de los naranjos, a su casa (Elca), a sus padres, al amor (“Reencuentro”) y, consciente de que “ya está todo dispuesto”, se pregunta, fiel a su destino “¿Hasta cuándo ahí el mundo?” (“La rendija en la sombra”, p. 217). Así, la presente antología se cierra con un significativo “Mi resumen” (p. 218): “Como si nada hubiera sucedido.» / Es ese mi resumen / y está en él mi epitafio. / Habla mi nada al vivo / y él se asoma a un espejo / que no refleja a nadie”. Con estas concisas, significativas palabras, termine quizá lo que a lo largo de seis décadas ha sido su elegía feliz y su agradecido *Ensayo de una despedida*: poesía, tiempo, amor y verdad.

Por tanto, entre uno y otro libro, el viaje: su viaje. El viaje y su testimonio hecho verso: la presencia recurrente del mundo griego; la experiencia inglesa; ciudades que fueron al paso; la eternidad del amor; la pasión y la carne; la supremacía del sentir humano sobre la grandeza del arte; el descubrimiento de la soledad, la certeza de la

muerte y el amor humano como única verdad frente al terror que precede a la victoria fatal del vacío; la fidelidad a uno mismo; los desdoblamientos del yo poético; la insistencia en la luz; la noche, sus astros; la aceptación; la forzada renuncia a la inmortalidad; la meditación de los recuerdos; la constancia del mar y los paisajes íntimos; nuestra extranjera condición, nuestra orfandad; la casa vacía, el balcón, la mirada; el dolor, la necesidad de la piedad; el agudo mirar de los sentidos; la belleza del mundo; la fugacidad de lo feliz; la asombrada infancia muerta y la juventud desterrada en los confines de los veranos irreparables; el otoño de la carne, el de las rosas; el abrazo mortal entre vida y tiempo.

Y la presencia necesaria del verbo como casa, anclaje y verdad que oponerle a esa otra verdad más fuerte, que habrá de borrar nuestros rostros sucesivos en la desmemoria del tiempo que seguirá al viaje de todos hacia la nada.

DIEGO DE LA TORRE
Poeta y crítico literario